

De 1776 a 1870

ECONOMISTAS CLÁSICOS

El libro de Adam Smith (1723-1790), *La Riqueza de las Naciones* (1776), tuvo tal éxito tras su publicación, que un nutrido grupo de intelectuales se consideraron herederos del pensamiento smithiano y compartieron sus postulados teóricos. Con el tiempo a Smith se le designó fundador de la Escuela clásica de Economía política y a este grupo de autores se los denominó economistas clásicos. Por tanto, el periodo de vigencia de esta escuela parte de la fecha de la publicación del libro de Smith, 1776, y su ocaso está datado tiempo después, en 1870, momento en el que comienza la llamada Revolución marginal. El epicentro de esta escuela fue Gran Bretaña, aunque su influencia se extendió al resto del continente europeo y también a América.

Además de Smith, la otra cabeza visible del grupo de economistas clásicos fue David Ricardo (1772-1823), un autor sin formación académica pero que elaboró uno de los libros más teóricos y complejos del periodo clásico, *Los principios de economía política y tributación* (1817). A su vez, Ricardo fue amigo y adversario intelectual de Robert Thomas Malthus (1766-1834), tal vez el autor más crítico con algunos planteamientos no sólo de Ricardo, sino también del resto de los clásicos. Su rechazo a la ley de Say fue considerado entonces como una heterodoxia dentro del cuerpo central del pensamiento clásico. Fue precisamente un economista clásico francés, Jean Baptiste Say (1767-1832), quien cedió su nombre a dicha ley, que postulaba que los mercados a escala agregada no sufrían excesos de producción. Algo menor en edad, aunque haya pasado con justicia a los anales de los grandes economistas clásicos, fue John Stuart Mill (1806-1873). Sus *Principios de Economía Política* (1848) además de tener un alto contenido en cuestiones sociales, pueden interpretarse como una brillante sí-

tesis del pensamiento clásico desarrollado hasta entonces, sin olvidar, claro está, ciertas novedades entre las que sobresale la «teoría de la demanda recíproca del comercio internacional».

Fuera del grupo de autores que acabamos de nombrar es necesario citar a John Ramsay McCulloch (1789-1864), Nassau Senior (1790-1864), Robert Torrens (1780-1864) y Thomas Tooke (1774-1858); todos ellos economistas clásicos aunque de una envergadura algo menor que los anteriores. Por último, nos quedaría por nombrar un largo elenco de autores con contribuciones específicas en temas concretos, aunque aquí únicamente nombraremos a Henry Thornton (1760-1815), pues su teoría monetaria dejaría una huella imborrable más allá del periodo de vigencia de la Economía clásica, ya en el siglo XX.

Tradicionalmente se ha dicho que la seña de identidad de los economistas clásicos ha sido su fanática defensa del *laissez-faire*, sin embargo esta afirmación ha de ser matizada. Desde Adam Smith en adelante, todos ellos creyeron en la necesidad del Estado y de su actividad reguladora en esferas concretas de la actividad económica, pero es cierto que rechazaron la intervención encaminada a la concesión de privilegios a determinados grupos —comerciantes, terratenientes, etc.— y que apoyaron teóricamente la libertad de comercio internacional con teorías como la ventaja absoluta, la ventaja comparativa o la demanda recíproca. Si hay algo verdaderamente representativo de los clásicos es precisamente esto: la ligazón constante entre teoría y política. Estos autores no construyeron sus teorías en un vacío contextual, sino que sus elucidaciones estaban encaminadas a cambiar en alguna medida el mundo que les rodeaba. Además, todos estuvieron preocupados por el crecimiento económico y sus consecuencias distributivas, algo difícil de olvidar para unos hombres que vivieron en el lugar y el momento en el que se estaba produciendo el mayor proceso de cambio económico conocido por la humanidad (N. S. M.).

THOMAS ROBERT MALTHUS

Thomas Robert Malthus (1766-1834) nació en el condado de Surrey, Inglaterra. Fue el segundo hijo de Daniel Malthus, un abogado rico y culto que trabó amistad con David Hume y Jean-Jacques Rousseau, y que sentía admiración por las obras de William Godwin y del marqués de Condorcet. Los dos Malthus, padre e hijo, tenían muchas discusiones amistosas sobre la literatura utópica o «perfectista» contemporánea, literatura que formaba parte de una gran ola de teoría social especulativa generada por la Revolución francesa. A partir de esas discusiones desarrolló Robert Malthus las ideas que incorporó a su famoso libro, que tituló *Un ensayo sobre el principio de la población en lo que afecta a la mejora futura de la sociedad, con cometarios sobre las hipótesis del señor Godwin, M. Condorcet y otros autores* (1798). Fue sacerdote de la Iglesia anglicana, y miembro del *Jesus College* de Cambridge. En 1804 se convirtió en el primer economista académico de Inglaterra al aceptar una cátedra de Historia moderna y Economía política en el *East India College* de Hailebury. Malthus fue amigo de David Ricardo, y su ruptura con la tradición Smith-Ricardo a propósito del subconsumo no malogró su estrecha amistad. El objetivo que perseguía Malthus en su *Ensayo* era demostrar la imposibilidad de llevar a cabo las doctrinas que perseguían la perfectibilidad del hombre y la inevitabilidad del progreso. Sus postulados contravenían las leyes de la naturaleza. En general, todas estas dificultades se fundamentaban en la idea de que la población crecía en progresión geométrica, mientras que los alimentos lo hacían en progresión aritmética. Además, los alimentos son necesarios para la existencia del hombre, al igual que la pasión entre los sexos, que se mantendría prácticamente en su estado actual. Con este razonamiento Malthus establecía lo que vino a

ser el modelo demográfico fundamental de la economía clásica, y su corolario le sirvió para inferir los rendimientos decrecientes de la producción agrícola, al considerar que su oferta sólo podría aumentar a una tasa aritmética. Para Malthus esta ley impedía que se igualasen el crecimiento de la población y el aumento de la producción, constituyendo la gran dificultad en el camino de la perfectibilidad del hombre y de la sociedad. Además, esta ley se materializaría en falta de espacio y de alimentos, y haría que los individuos en edad de procrear reflexionaran sobre la posibilidad de tener hijos, que si bien podría dar lugar a comportamientos viciosos, al menos permitiría contener el crecimiento de la población. Con esta dinámica Malthus clarificaba lo que los economistas clásicos consideraban el salario de subsistencia.

Escribió también unos *Principios de economía política* (1820) donde se puede apreciar con claridad el carácter combativo de su autor, tanto en lo que atañe a sus predecesores en general, como al hecho particular de las dificultades por las que podía atravesar el ahorro en su camino hacia la inversión, que podían dar lugar a que se diera una falta de demanda efectiva que detuviera el proceso productivo. Para Malthus, el principio del ahorro llevado al exceso destruía el motivo de la producción. Eligió el concepto de demanda efectiva insuficiente como argumento que dificultaba el proceso inversor y, por ende, como una causa de disminución de los beneficios. De este modo, atacó la denominada *ley de Say*, que afirma que la oferta crea su propia demanda. Esta crítica lo marcó indeleblemente como un disidente entre los economistas. En otras palabras, Malthus reconocía que los gastos de consumo representaban demanda, pero consideraba que los ahorros eran demanda potencial que de ningún modo garantizaban la demanda efectiva. De esta manera argumentaba la posibilidad de una pléthora o desbordamiento de mercancías (R. F. D.).

DAVID RICARDO

David Ricardo (1772-1823) fue uno de los miembros fundamentales de la Escuela clásica. Nació en el seno de una familia de judíos sefarditas. Era hijo de un emigrante holandés que se había establecido en Londres como corredor de bolsa. Al contrario que Smith o Malthus, no siguió estudios universitarios, pues desde los catorce años empezó a trabajar con su padre, convirtiéndose pronto en un exitoso empresario financiero que operaba en la bolsa londinense. Su decisión de contraer matrimonio con una cristiana cuáquera provocó el firme rechazo de su familia, lo que le obligó a establecerse por su cuenta. Sin embargo, dada su proverbial habilidad para los negocios, en pocos años logró amasar una notable fortuna que en 1814 le permitió retirarse definitivamente de las finanzas y comprar una extensa finca campestre. A partir de entonces se dedicó a escribir de economía y a la política, desarrollando una intensa actividad parlamentaria tras obtener un escaño en la Cámara de los Comunes en 1819. Pero la afición a la Economía le venía de atrás. En 1799 había pasado una temporada en Bath junto a su mujer, quien había acudido allí por motivos de salud; fue entonces cuando, a modo de entretenimiento, empezó a leer *La Riqueza de las Naciones* de Adam Smith. Trabó también amistad con dos grandes pensadores de la época: James Mill, seguidor de Bentham y padre de John Stuart Mill, y Thomas Robert Malthus, que sería su gran adversario intelectual durante el resto de su vida. Murió en 1823 de forma repentina, a los 51 años de edad, probablemente a causa de una afección cerebral.

El escenario económico en el que Ricardo concibió su gran obra, *Principios de economía política y tributación* (1817), era diferente de aquel en el que Adam Smith había elaborado la suya. La población se había incrementado de forma considerable, y la

Revolución industrial se hallaba ya en pleno desarrollo en las primeras décadas del siglo XIX. Pero además las guerras napoleónicas habían provocado trastornos económicos significativos. Por un lado, habían dado lugar a problemas inflacionarios y habían obligado a suspender la convertibilidad de la libra; por otro, habían traído consigo un bloqueo comercial con el consiguiente incremento de los precios del cereal, que los terratenientes consiguieron mantener de facto tras el fin del conflicto gracias a la aprobación en 1816 de unos elevados aranceles.

Ricardo centró gran parte de sus energías en analizar ambos asuntos. Sus primeros escritos tratan de las cuestiones monetarias, tema que retomó al final de su vida. Pero a partir de 1814 la atención de Ricardo tendió a concentrarse en los negativos efectos distributivos derivados de la fuerte protección comercial de la agricultura británica. De este modo, en 1815 publica el *Ensayo sobre los beneficios*, germen de los *Principios*, en el que mantuvo que un bajo precio del cereal tiene un efecto estimulante en la tasa de beneficios. Dicha idea se desarrollaba a partir de dos conceptos fundamentales —los rendimientos decrecientes y la oposición entre renta de la tierra, salarios y ganancias del capital— y derivaba en una clara conclusión de política económica: la necesidad de suprimir la protección a la agricultura para permitir la entrada de trigo barato del extranjero, lo que aumentaría los beneficios facilitando así la acumulación y el crecimiento (J. L. R. G.).

JEAN BAPTISTE SAY

Jean Baptiste Say (1767-1832) nació en Lyon, Francia. Hijo de una familia hugonote de mercaderes textiles, pasó la mayor parte de sus primeros años en Génova. Luego vivió en Londres, donde se convirtió en auxiliar comercial. Al estallar la Revolución francesa se trasladó a París donde, además de ser empleado de una compañía de seguros de vida, se ocupó de la redacción del *Courrier de Provence*, una publicación creada por el marqués de Mirabeau en 1789. En 1792 fue nombrado secretario del ministro de Hacienda y en 1794 fue uno de los promotores del periódico *La Décade philosophique, littéraire et politique*, que a partir de 1804 se convirtió en el órgano de expresión de los ideólogos franceses. En 1799, durante el régimen napoleónico, fue nombrado miembro del tribunal gobernante. Cuatro años después publicó su *Tratado de economía política*, obra que es considerada la mejor interpretación del pensamiento de Adam Smith en el continente europeo.

El objetivo del *Tratado de economía política* es tratar de explicar cómo se crean, se distribuyen y se consumen las riquezas. La claridad con la que Say esquematizó el pensamiento económico que heredó es uno de los rasgos que hay que destacar de su trabajo. Ideó un modelo interpretativo gracias al cual las diferentes partes de la ciencia económica encontraron fácil acomodo. Dividió la economía política en producción, distribución y consumo. En el ámbito de la producción se encuentran las industrias, los factores productivos capital y trabajo, los mercados; el derecho de propiedad, el dinero; las colonias y las reglamentaciones gubernamentales. En la esfera de la distribución las variables relevantes —según el esquema de Say— son el valor y los costes de producción. Por último, dentro de lo que Say denomina consumo, destacan el gasto público y su financiación.

Cuando definió lo que debe entenderse por producción, Say consideró que esta no es nada más que creación de utilidad. De esta forma daba la vuelta a la cadena causal smithiana, según la cual el coste de producción era la variable que determinaba el precio de los productos, en cambio, es la utilidad, esto es, la valoración de los consumidores, la que discurre hacia el precio de los bienes. La idea que subyace a toda la argumentación de Say es el hecho de que la gran dificultad con la que se enfrenta todo proceso productivo es la venta, no la producción. Consideraba que el hombre cuya industria se dedica a dar valor a las cosas, dándoles un uso cualquiera, no puede esperar que ese valor vaya a ser apreciado y pagado más que donde los hombres dispongan de los medios para su adquisición. Así, es la producción la que abre mercados a los productos, esto es, la oferta es la que crea la demanda. Este razonamiento —que Say nunca utilizó, y que según Blaug fue inventado por Keynes—, también se conoce con el nombre de *ley de Say*. Con esta idea nuestro autor pretendía rebatir la opinión, ampliamente extendida entre los empresarios, de que las dificultades con las que estos se encontraban a la hora de vender sus productos en el mercado provenían de la escasez de dinero. También estudió la influencia que ejercen los gobiernos en la producción. En el ámbito de la industria, fue Say el primer autor que llevó a cabo un intento serio para construir una teoría del empresario como factor de producción (R. F. D.).

JOHN STUART MILL

Muy pocos economistas han tenido una preparación tan completa como la que tuvo John Stuart Mill (1806-1873). Se benefició de las enseñanzas de su padre, James Mill, que fue un importante economista relacionado con Ricardo y Bentham. A la edad de ocho años, el joven Mill leía los clásicos griegos en la versión original, y a los trece comenzaba a trabajar sobre la obra de Smith y de Ricardo. En 1823, después de abandonar Derecho, Mill se empleó en la *East India Company*, donde se hizo funcionario consiguiendo promocionarse hasta el puesto más alto de la escala administrativa que con anterioridad había ocupado su padre. Si bien intelectualmente su paso por la *East* le influyó poco, al menos le sirvió, siguiendo a su padre, para intentar aplicar en la India la doctrina ricardiana y la utilitarista dentro de un programa de reformas. En el campo de las influencias intelectuales hay que hacer mención de la señora Harriet Taylor, que llegaría a ser su esposa, a la que consideró vital para su posterior replanteamiento de los postulados clásicos y su intento de reformular la Economía política. Al final de su vida consiguió un acta de diputado que le permitió defender la extensión del privilegio electoral a las clases trabajadoras y a las mujeres, así como la reforma del sistema de propiedad de la tierra en Irlanda.

En uno de sus primeros ensayos cuestionaba la idea de que el trabajo fuera productivo únicamente cuando producía objetos materiales. En su formulación de los determinantes del valor se apartó hasta cierto punto de la tradición clásica. Por un lado, explorando las excepciones planteadas por Ricardo en su teoría del valor basada fundamentalmente en el trabajo, y por otro, al considerar que la búsqueda de una medida invariable del valor era un trabajo inútil e infructuoso, como demostró en sus *Princi-*

pios de economía política (1848). Llegó a afirmar que no había nada nuevo que decir acerca de las leyes del valor porque la teoría del valor estaba completa. En otro orden de cosas, tal vez una de las modificaciones más significativas de Mill respecto de la tradición clásica tiene que ver con la distinción que realiza entre leyes de producción y leyes de distribución. Las del primer tipo gobernaban la producción; eran inmutables, fijadas por la naturaleza y la tecnología. Los hombres podían ajustarse a dichas leyes, pero eran impotentes para cambiarlas. En cambio, las leyes que gobernaban la distribución del producto social caían dentro de una categoría diferente. En este caso, las consecuencias estaban socialmente determinadas y quedaban sujetas al control humano. El temible estado estacionario de los economistas clásicos no tenía por qué ser malo a juicio de Mill; al contrario, podría ser la oportunidad para llevar a cabo una mejora muy considerable, pues en dicha situación los individuos podrían dedicar su tiempo a «perfeccionar el arte de vivir» y desarrollar su ingenio. Otro elemento discrepante frente a la ortodoxia clásica fue la cuestión del papel del Estado. Mill subrayó el papel civilizador del Estado, aunque criticó la administración del subsidio de pobres al tener efectos negativos sobre la movilidad de la mano de obra. Por otro lado, hizo avanzar de forma considerable la teoría del comercio internacional al explicar cómo se repartían las ganancias del comercio: los términos del intercambio no dependían sólo de las condiciones de costes, sino también de la demanda recíproca. La ecuación de la demanda internacional estipulaba que el valor de las exportaciones de un país debía ser igual al valor de las importaciones del otro país, de modo que los términos de intercambio estaban determinados por la cantidad y la elasticidad de la demanda (R. F. D.).

UTILITARISMO

Ya en la obra de David Hume (1711-1976) el concepto de utilidad era central para entender el comportamiento humano y social (algo que le criticaría Adam Smith). Sin embargo, *utilitarismo* se identifica con la tendencia del *Radicalismo Filosófico* del siglo XIX, basado en la teoría del inglés Jeremy Bentham (1748-1832). La de Hume puede considerarse una «utilidad de los medios» frente a la «utilidad de los fines» de Bentham.

Bentham da una definición de los dos principios de su doctrina: el principio de asociación de Hartley, el lazo de conexión entre las ideas y el lenguaje y entre ideas e ideas; y el principio de la máxima felicidad de Priestley y Helvétius. Además, se basa en tres supuestos psicológicos: 1) el único objeto de deseo o voluntad es el placer, 2) el placer es susceptible de medida o, lo que es lo mismo, todos los placeres son cualitativamente iguales; y 3) los placeres de distintas personas pueden compararse, ya que la sociedad es un agregado de individuos. Bentham quiso reducir el subjetivismo en moral. No inventa la aritmética moral pero al reducirla a fórmulas crea una nueva escuela y doctrina común. Para una persona, el valor del placer o dolor depende de la intensidad, duración, certidumbre y cercanía, dimensiones de un placer o dolor estático. Pero estas pueden verse acompañadas de fecundidad —la posibilidad que tiene de ser seguido de placeres del mismo tipo—, o pureza —la posibilidad de no ser seguido de sensaciones opuestas—. Debe añadirse un séptimo elemento, la extensión, es decir, el número de personas a las que afecta el placer.

Según Bentham, el hombre no tiene derechos naturales previos a la ley. La legislación es una parte de la moral y debe regirse por el canon de la «mayor felicidad del mayor número», enunciado por primera vez por Francis Hutcheson. Como la última

unidad de placer se reduce a medida que añadimos unidades (la utilidad marginal decreciente), un criterio social debe ser el de la igualación de la renta. También anunció Bentham el principio de equimarginalidad en el intercambio. El problema es que el legislador también busca el placer y rehuye el dolor. Las formas de garantizar que el soberano tenga aptitudes intelectuales y morales que le impidan buscar únicamente su propio placer serán la soberanía de la mayoría, el tribunal de la opinión pública, y las leyes constitucionales. Sin embargo, el benthamismo no implica igual libertad. Según el principio de identidad natural, cada individuo es el mejor juez de sus intereses. Según el principio de identidad artificial, el legislador establece la armonía limitando la libertad individual. La educación enseña a identificar los intereses individuales con el general.

Pero fue James Mill (1773-1836) el que determinó la existencia del Radicalismo filosófico y del utilitarismo. Conoció a Bentham en 1808, y se fijó como propósito darle influencia en su tiempo y país. Le hizo malthusiano y eligió a Ricardo como agente para difundir sus ideas. Gracias a él, Bentham desempeñó un papel muy importante en la evolución de la economía política. El hijo de James Mill, John Stuart (1806-1873), fue un seguidor crítico de sus ideas, al que reprochaba que no ponderase los placeres en superiores e inferiores. Efectivamente, John Stuart declaraba que hasta que el hombre no ha tenido la oportunidad de sentir un placer superior, no ha tenido la libertad de elegirlo.

El utilitarismo ha sido la base de buena parte de la teoría económica desde sus inicios e inevitablemente la teoría de las preferencias neoclásica se basa en la Filosofía utilitaria (E. T.).

CRÍTICOS A LA METODOLOGÍA CLÁSICA

Desde 1798, año en que Malthus inaugura la Escuela clásica con su *Ensayo*, los mayores críticos a la metodología de la Escuela clásica, contemporáneos a la misma, fueron los románticos (Carlyle hablaba de la Economía como *ciencia lúgubre* haciendo referencia al principio de la población) y, sobre todo, aquellos cuya crítica estaba basada en la historia. Para estos últimos, el método clásico solía identificarse con la metodología de Ricardo, deductiva y abstracta, anti-histórica y basada en el individualismo metodológico. Las conclusiones más criticadas de la ciencia ricardiana eran el supuesto de que el salario de mercado libre es un resultado justo de las leyes de producción; que el ahorro es positivo, dado que siempre genera inversión; y que el *laissez-faire* es el método más eficiente —y justo— de asignación de recursos.

Simonde de Sismondi (1773-1848), que nació en Ginebra y vivió en Francia, dirá que el método deductivo es inadecuado para tratar temas económicos. Por una parte, la economía y la ciencia del gobierno son ciencias morales e históricas, no ciencias naturales o matemáticas. Por otra, la época moderna es más compleja de lo que pretende el método ricardiano. Sismondi propone el uso de un método inductivo e histórico, que compare distintas fases de desarrollo. Además, plantea por primera vez los males del *laissez-faire* sin restricciones. La revolución industrial había llevado a unos incrementos de la riqueza que él pensaba que no habían supuesto mayores ingresos para los trabajadores. Esto se debía a que dentro del capitalismo existía un conflicto de intereses entre el capital y el trabajo (Sismondi lo llamó por primera vez el proletariado), mientras que en la etapa precedente los gremios cooperaban entre sí. La competencia y la producción a gran escala generaban un exceso de oferta que precipitaba las cri-

sis comerciales. Además, la maquinaria no siempre era beneficiosa, porque las reducciones del coste de producción y los precios del producto no compensaban el desempleo tecnológico que generaba. Sismondi no admitía que los incrementos del producto creasen siempre oportunidades adicionales de empleo, dado que éstos debían ir precedidos por un incremento de la demanda.

El alemán Friedrich List (1789-1846), en su *Sistema de Economía política* (1841) también reacciona ante el cosmopolitismo, materialismo e individualismo que creía ver en los clásicos. Antes que considerar principios generales aplicables a todo lugar y tiempo, List prefiere extraer enseñanzas de la historia de cada nación. Una nación debe pasar por etapas sucesivas para alcanzar un estado «maduro»: 1) etapa bárbara; 2) etapa pastoril; 3) etapa agrícola; 4) etapa agrícola y manufacturera y 5) etapa agrícola, manufacturera y comercial. Las tres primeras se superan más rápido a través del librecambio; las dos últimas, requieren de la protección, dado que las importaciones baratas de países desarrollados impiden el desarrollo de manufacturas interiores y desplazan la producción. La producción manufacturera necesita «tiempo», y sólo cuando hayamos llegado a la etapa final podremos «dejar hacer» al mercado libre. El argumento de List es el de la industria infantil que hay que proteger hasta que crezca. Para List, lo importante para el desarrollo económico no es la riqueza, sino las «fuerzas productivas»; es decir el poder de producir riqueza. Y la industria puede ser esa fuerza social que crea y mejora por sí misma el capital y el trabajo (E. T.).

ESCUELA HISTÓRICA ALEMANA

El historicismo del siglo XIX fue una crítica al método de investigación deductivo que consagró la economía clásica ricardiana y que luego harían suyo los marginalistas a partir de 1870. Tuvo dos variantes, la alemana y la británica. La variante alemana es anterior en origen y mucho más importante, pues en su época ejerció una influencia mayor y más duradera. Dentro de ella, estaba, por un lado, la «vieja» Escuela histórica alemana, menos extrema en sus planteamientos metodológicos y constituida por Wilhelm Roscher (1817-1894), Karl Knies (1821-1898) y Bruno Hildebrand (1812-1878); y por otro lado, estaba el grupo de los «jóvenes» historicistas, mucho más radicales e intransigentes y liderados por Gustav von Schmoller (1838-1917). Con todo, cabe establecer una serie de rasgos definitorios generales del movimiento historicista que toman la forma de críticas metodológicas.

La primera hace referencia a la pretensión de la tradición ricardiana de descubrir —por lógica deductiva— las leyes universales e inmutables que regulaban el comportamiento individual y el funcionamiento del sistema económico. Los historicistas rechazaban radicalmente la existencia de leyes absolutas o perpetuamente válidas: las regularidades económicas —caso de poder ser descubiertas— existen sólo en referencia a un tiempo y un espacio concretos, pues los entornos en los que operan son constantemente cambiantes con la evolución histórica. Es decir, no existen «leyes» universales, su validez es relativa y depende de las condiciones históricas y geográficas en las que las leyes actúan. De ahí la necesidad de descender al estudio de aspectos específicos de la realidad económica con perspectiva histórica. Sólo una vez recopilados los suficientes datos históricos para inferir regularidades y analogías, cabría establecer verdaderas generalizacio-

nes, y sólo a partir de aquí la deducción podría tener un papel relevante en el ulterior desarrollo de teorías e interrelaciones.

En segundo lugar, los historicistas rechazaban la idea de que fuera posible una ciencia económica autónoma y del mismo tipo que las ciencias naturales. Era preciso dar cuenta de una realidad muy compleja —la realidad social—, donde actuaban multitud de factores (culturales, psicológicos, sociológicos, económicos, etc.) que había que analizar de manera global y destacando sus múltiples interdependencias. Por tanto, la labor del economista estaba llamada a ser plenamente interdisciplinar.

Por último, los historicistas negaban el individualismo metodológico y la idea del *homo economicus*. Es decir, rechazaban que el punto de partida para estudiar el comportamiento social fuera el propio interés de los agentes individuales, y asimismo, se mostraban hostiles a toda forma de utilitarismo y no aceptaban reducir las decisiones de los individuos a un cálculo racional que persigue la máxima satisfacción personal.

En la época de máximo apogeo del historicismo, la visión metodológica de la escuela de Schmoller fue criticada con dureza por el economista austriaco Carl Menger en un libro publicado en 1883. Menger, uno de los padres del marginalismo, defendía para la Economía un método deductivo y abstracto, la posibilidad de una ciencia «pura» libre de juicios de valor, y la pertinencia del individualismo metodológico. Schmoller respondió al ataque en una recensión muy desfavorable del libro de Menger. A partir de aquí, y alrededor de esta disputa metodológica, se generó durante las siguientes décadas una extensa literatura entre los partidarios de ambas posturas. Este debate ha quedado en la historia del pensamiento económico como la *Methodenstreit* o «batalla de los métodos» (J. L. R. G.).

SOCIALISMO UTÓPICO

Apelativo despectivo que eligieron Marx y Engels en el *Manifiesto Comunista* para referirse a las teorías de Saint-Simon, Fourier y Owen, contrastándolo con el Socialismo científico que ellos crearon. Los utópicos, decían Marx y Engels, no se basaban en la lucha de clases, ni en la necesidad histórica del socialismo, con lo que querían reorganizar la sociedad en base a una idea quimérica del mundo perfecto. Defendían dos principios: que el capitalismo y *laissez-faire* son irracionales e injustos; y que podemos ser optimistas respecto a la perfectibilidad de los hombres y del orden social. Además, frente a los mercantilistas, daban primacía a la economía sobre la política.

El noble francés Saint-Simon (1760-1825) presentó una teoría de las etapas en la que la última sería la utópica. El desarrollo histórico es un conflicto entre los que no tienen nada y los propietarios, con poder para controlar a personas y cosas. Saint-Simon quiere que la humanidad controle las cosas, pero no a las personas. Apela a una sociedad perfecta fruto de la cooperación armónica de los hombres con distintas capacidades, organizados en clases naturales. En sus primeros escritos, los científicos e ingenieros ocupan la cima de la estructura social (capacidad racional), pero, en los últimos, estos comparten la élite con productores, empresarios y banqueros (capacidad motora, administrativo-manual) y con artistas y dirigentes religiosos (capacidad sensorial). En la nueva sociedad, el gobierno sería reemplazado por una administración de expertos basada en razones «científicas»: el parlamento industrial. Y una vez erradicado el desorden y los conflictos, el Estado actual perdería su razón de ser. Tuvo ilustres discípulos, como Auguste Comte o Enfantin.

Sin embargo, Charles Fourier (1772-1837) fue profeta de la descentralización. No creía en la idea del progreso por represión: hay que crear una sociedad sin represiones para eliminar la hipocresía y competitividad. La primera se debía sobre todo al «antinatural» concepto de familia. La segunda, al conflicto de intereses típico del capitalismo. El mundo industrial y maquinista ahoga las pasiones y el hombre queda en él condenado a una existencia rutinaria y competitiva. Además, produce derroches y desorganización. Por ello, Fourier aboga por una reorganización en forma de Falansterios, unas cooperativas de formación voluntaria basadas en la armonía social y la satisfacción de pasiones. También defendía la creación de una unión mundial de falansterios con cierta jerarquía, hasta el Omniairca. Fourier fue precursor de las comunas del siglo XX.

La teoría de Robert Owen (1771-1858) se basaba, en primer lugar, en que el carácter del hombre lo crea el entorno social. Así, el sistema fabril lleva al absentismo, inmovilismo y degradación de los trabajadores. Sin embargo, el trato humanitario y la cooperación podrían ser un incentivo más efectivo que el mismo incremento de los salarios o el castigo, algo que demostró en su fábrica de hilados de New Lanark, en Escocia. La comunidad ideal de Owen es un sistema de cooperativas, como aldeas autosuficientes. Con el tiempo, Owen pensó que la iniciativa privada no introduciría mejoras en la clase trabajadora, con lo cual pidió la intervención del gobierno. Así, se radicaliza y defiende un mundo sin propiedad privada donde no se midiese todo en dinero. Otra segunda idea de Owen era que la mecanización crea desempleo. Presenta una solución nueva: intercambiar las mercancías en proporción al trabajo incorporado. El trabajo recibiría todo su producto a través de bonos de trabajo y la oferta y demanda de mercancías crecería *pari passu* (E. T.).

ANARQUISMO

La palabra anarquismo significa «ausencia de autoridad» y, por tanto, posibilidad de orden sin ella. Para los anarquistas, la autoridad crea desorden: la sociedad sin líderes es posible porque hay una igualdad intrínseca entre los hombres. El Estado tiene su origen en el engaño de los poderosos sobre los débiles y se basa en la expansión territorial, no en la unidad social natural. Por lo tanto, su desaparición no afectará a la sociedad. En libertad, el autocontrol sustituiría al control desde arriba, de modo que la conducta buena se haría espontánea. El problema, por tanto, son el gobierno, la ley y la propiedad privada; no el hombre en sí. Además, la base de la sociedad anarquista es que «cada hombre» depende de todos, como decía Rousseau, lo que no degrada la naturaleza humana. Esta dependencia mutua hace que no puedan tener simpatía por el *free-rider* o gorrón. Es típico en los anarquistas establecer una obligación moral de trabajar. Por último, los anarquistas no creen en los medios políticos de transformación. El gobierno sólo puede ser abolido por medios no políticos. Esa actitud es, en muchas ocasiones, paralizante. Pero también les lleva a dar especial importancia al cambio moral basado en la educación. Sin embargo, algunos defienden la acción directa como acción ejemplar que intensifica la sensación popular de opresión, impedida por la rutina.

En el siglo XIX se plantean distintas concepciones de la anarquía en base a distintos conceptos de la libertad, de la igualdad y de los medios de transformación.

Según Pierre Joseph Proudhon (1809-1865), anarquía es el gobierno de cada uno sobre sí mismo y por sí mismo. No hay libertad sin autocontrol, de manera que su concepto de libertad no es el de cualquier libertad absoluta. Proudhon buscaba una «igualdad de oportunidades». Con la frase «La propiedad es un

robo» sólo condena el derecho de propiedad si, gracias a él, el propietario puede vivir sin trabajar. De hecho, se adelanta a Marx en definir la plusvalía. Considera al campesino-propietario el ejemplo de existencia autosuficiente. En la actividad industrial, defiende el «contractualismo» o «mutualismo»: asociación libre sobre la base de contratos, pero sin propiedad privada del capital. Para liberar a la moneda del control del capital financiero y del Estado propuso que se crearan bancos sin cobro de intereses. Proudhon aboga por un «federalismo autogestionario socialista», totalmente descentralizado. Además, para él sólo la persuasión moral, la educación y la propaganda, unidas a la resistencia pasiva al gobierno, pueden ser medios de transformación legítimos.

Michael Bakunin (1814-1876) es conocido por los desacuerdos tácticos con Marx que acabaron en la escisión de la Primera Internacional Socialista (1846-1878). Se declaraba contrario a la dictadura del proletariado y defendía la existencia de federaciones de pequeñas comunidades relacionadas a través de vínculos débiles. El concepto de libertad de Bakunin es complejo. La libertad, dice, es una «cualidad de la mente liberada del interés propio». Sin embargo, el hombre debe recibir utilidades según su trabajo; por tanto, defiende una «igualdad de tratamiento». Por último, la educación es el medio político de transformación aunque, con el tiempo, también defendió la violencia.

Piotr Alexeievich Kropotkin (1842-1921) nos muestra que, frente al darwinismo social, la cooperación es más exitosa que el individualismo. Defiende un modelo de organización en forma de pequeñas comunidades. Según él, la justicia e igualdad naturales obligan a una «igualdad de satisfacción» o distribución de acuerdo a las necesidades. Sin embargo, el medio político de transformación debe ser pacífico, aunque la violencia podría estar justificada para compensar el uso de la fuerza de los gobiernos.

Actualmente podríamos dividir las tendencias anarquistas en anarco-capitalismo, anarco-socialismo y anarco-sindicalismo (E. T.).

MARXISMO

Karl Marx (1818-1873) comenzó sus estudios en el seno de una universidad dominada por lo que se llamaba la «Filosofía alemana», es decir, la línea de pensamiento que culmina en Hegel. Desde 1844, Friedrich Engels (1820-1895) será su colaborador, tanto en la elaboración de su pensamiento como en forma de sostén financiero. Los primeros intereses de Marx fueron filosóficos y fue entonces cuando trató el tema de la alineación, el producto de una actividad que se separa de ella y la domina. Frente a Feuerbach, Marx dice que lo que aliena al hombre no es la religión, sino que el hombre crea a un Dios porque el mundo social de la política es un mundo de miseria, no humano. La alienación no se resuelve con el pensamiento, sino con la praxis. Marx afirma tres tipos de alineación: la política, la social y la económica.

El método de Marx es el materialismo histórico o determinismo dialéctico. No es la conciencia del hombre la que determina la realidad, sino que la realidad social determina la conciencia. Según él, las circunstancias económicas configuran las sociales: si los intereses económicos de los hombres no coinciden, surge la lucha de clases, motor del cambio histórico.

La sociedad evoluciona a través de los cambios de modos de producción: la superestructura, las relaciones de producción (de propiedad y humanas) y las fuerzas productivas dinámicas (tierra, trabajo, capital y tecnología). Contra los clásicos, para Marx no existen leyes universales, sino que cada estadio particular tiene las suyas. Por ejemplo, en el capitalismo, por un lado los intercambios y especialización crean una interdependencia que hace necesarias las relaciones cooperativas, y por otro, existe propiedad privada basada en el interés propio. Esto es una contradicción que llevará al colapso del sistema. Pero el conflicto algún día se reempla-

zará por una armonía que, para Marx, era el socialismo con propiedad colectiva.

El Marx de *El Capital* —el primer tomo se publicó en 1867 y los dos siguientes póstumamente por Engels en 1885 y 1894— es un último clásico. Se basa en la metodología ricardiana. Sin embargo, critica la división entre capitalista/terrateniente/trabajador de los clásicos. La sociedad está dividida en propietarios y no propietarios de los medios de producción (los que sólo poseen «tiempo» de trabajo). En la representación clásica de la producción, el intercambio implica vender para comprar, libremente, y el objetivo es el consumo de una mercancía. La reproducción simple, dice Marx, es «el paraíso de los derechos del hombre». Sin embargo, en la economía capitalista, se compra para vender (más caro). Es la reproducción extendida y no es «tan» libre.

Según Marx, el valor de los objetos viene determinado por el tiempo de trabajo socialmente necesario para su producción. En el caso del trabajo, a los obreros se les pide más tiempo de lo necesario para su subsistencia y deben aceptar las condiciones de venta de su tiempo porque el empresario es el único que puede avanzar capital. El empresario paga el valor de la fuerza de trabajo y adquiere el valor del trabajo. La diferencia es la plusvalía. Pero hay una «gran contradicción» en el capitalismo: que sólo el trabajo produce plusvalía, que es el motivo de contratar —y explotar— obreros, pero a su vez las empresas trabajo-intensivas deberían tener más beneficios y no sustituir trabajo por capital. Y eso no sucede. Marx lo justifica con sus cinco leyes, que muestran las contradicciones que llevarán a que, con el tiempo, cada vez más personas quieran la desaparición del capitalismo.

Así, Marx desarrolla algunas de sus tesis más clásicas: el afirmar que la humanidad entrará en una fase revolucionaria; el asociar la revolución a un alto grado de industrialización; el suponer como necesaria e inminente la descomposición del capitalismo; el imaginar una fase de progresiva depauperización, etc. Sus discípulos vieron que la historia desmentía las profecías de Marx (E. T.).

ANTECEDENTES DEL MARGINALISMO

El término utilizado para definir las contribuciones en Economía de William S. Jevons, Léon Walras y Carl Menger en la década de 1870, comúnmente denominado como «Revolución marginal», no hizo mucha justicia al trabajo de un conjunto de autores que a lo largo de la primera mitad del siglo XIX adelantaron importantes ideas que más tarde se iban a integrar en el cuerpo de la microeconomía. Entre estos autores precursores del marginalismo cabe destacar a los franceses Antoine-Augustin Cournot (1801-1877) y Jules Dupuit (1804-1866) y al alemán Hermann Heinrich Gossen (1810-1858).

Cournot fue uno de los primeros autores en preconizar la utilización de las matemáticas en la economía. Su libro titulado *Investigaciones sobre los principios matemáticos de la teoría de las riquezas*, publicado en 1838, es pionero en este campo. Pero además de defender el uso de las matemáticas en este libro —especialmente el cálculo integral y diferencial— expuso algunas de las ideas que más tarde se iban a transformar en parte central de la microeconomía moderna. En concreto, es destacable su «ley de la demanda» obtenida a partir de la observación empírica y formulada como una función continua y con pendiente negativa. Además, Cournot fue capaz de crear modelos económicos complejos combinando su curva de demanda con la construcción teórica del comportamiento de la empresa. El modelo de monopolio y de duopolio que hoy en día lleva su nombre da prueba de lo avezado de su análisis. Respecto al modelo de monopolio, Cournot llegó a establecer las condiciones de maximización del beneficio en las que ingresos y costes marginales se igualan. En relación con el duopolio, diseñó un equilibrio al que llegarían dos empresas rivales que no cooperan entre sí. Este tipo de análisis ha sido objeto recientemente de

estudio retrospectivo como ejemplo pionero de lo que hoy se conoce como *teoría de juegos*.

Las aportaciones de Jules Dupuit, igual que las de Cournot, merecieron la atención de numerosos economistas en el siglo XX. Sus contribuciones a la teoría económica se encuentran diseminadas en revistas, ya que murió sin terminar un libro donde abordaba íntegramente cuestiones económicas. Mucho de su trabajo como economista está estrechamente vinculado a su profesión como ingeniero, puesto que buena parte de su obra económica tuvo como objetivo encontrar una regla para la provisión de bienes públicos. Al igual que Cournot, apoyó el cálculo matemático, pero su énfasis en la base empírica fue mayor que el de su compatriota. En fecha tan temprana como 1844, Dupuit estableció el principio de utilidad marginal decreciente. A partir de él estableció una curva de demanda, pero a diferencia de Cournot este hallazgo lo empleó en un nuevo planteamiento que, con el tiempo, iba a convertirse en la pieza angular de la «economía del bienestar». Su análisis incorporaba la noción moderna de *excedente del consumidor*, así como el reparto de este excedente cuando un determinado bien es suministrado por un monopolista o cuando se aplica una política de discriminación de precios.

Por último, Gossen, autor que hubo de sufrir el desprecio en vida por parte de los historicistas, también descubrió el principio de la utilidad marginal decreciente y las condiciones de maximización de la utilidad. Su libro, *Las leyes de las relaciones humanas y las normas de la acción humana que emanen de ellas* (1854), redescubierto por Jevons, puede interpretarse como un intento de matematizar el cálculo hedonista de Bentham (N. S. M.).

